

**Discurso del Excmo. Sr.  
D. Amador Jover Moyano  
Rector Magnífico de la  
Universidad de Córdoba**

Excmo. Sr. Secretario de Estado, Universidades e Investigación  
Excmos. Sres. Consejeros  
Excmas. e Ilmas. Autoridades  
Sres. Claustrales  
Sras. y Sres.

"Siempre produce estremecimiento el hablar entre muros sagrados", decía en este mismo lugar, hace ahora casi justamente diez años, uno de los más queridos, insignes y admirados doctores honoris causa con los que la Universidad de Córdoba se honra: el gran arabista y entrañable maestro D. Emilio García Gómez. Era el mes de mayo de 1983 durante los días en que los patios y las calles cordobesas conforman o renuevan vivencias, en todos nosotros como ciudadanos, y en aquellos que nos visitan.

La nuestra es una ciudad de alma profunda, pero donde es fácil encontrar a flor de piel el latido de las cosas. Y el profesor García Gómez supo captar en aquel momento, con la exquisita sensibilidad que ha dejado plasmada en sus traducciones de tantos poemas arábigo-andaluces, o en obras como *El collar de la paloma*, el alma de un monumento como la mezquita, cuyos muros y columnas "son porosos y secretos archivos en los que han quedado misteriosamente grabados, gritos, desgracias, gozos, elogios, pompas y una grandísima parte de la ciencia arábigo andaluza que se hacía aquí mismo, en corros al pie de las columnas" cuando no bajo las arcadas del patio de abluciones, testigos de sentencias, doctrinas y enseñanzas y, también en algunos casos —todo es preciso decirlo— de las incomprendiones y radicalismos que en todas las épocas y lugares producen periódicamente los avances del saber, el análisis crítico o la creación intelectual libre.

Hoy, este noble edificio, es de nuevo, por unos momentos, Universidad. Y de nuevo es testigo. Recibe bajo sus arcos a nuestros claustrales para honrar y acoger en sus aulas, como doctor honoris causa, al profesor Federico Mayor Zaragoza quien, quizá

como pocos, ha sabido, partiendo de su actividad científica, ir armonizando ámbitos de actuación y facetas del quehacer humano en el empeño de acrecentar la Ciencia, extender el Saber y tratar de fundamentar sobre la Educación y la Cultura la convivencia y la colaboración entre las gentes y los pueblos.

Nos congratulamos aquí de recibir, por un lado, al investigador y al científico que ha contribuido a incrementar la parcela del saber en la que ha centrado su actividad hasta hacer de ella parte importante de muchos de los actuales planes de estudios. Y, por otro, al maestro que ha sido capaz de transmitir ese saber y, lo que es más importante, de transmitir también el interés por acrecentarlo, por extender sus fronteras y hacer atractiva la incógnita del más allá de las mismas para muchos de sus discípulos que, a su vez, han ido convirtiéndose en buenos maestros.

En un tiempo donde una de las más primordiales misiones universitarias, como es la transmisión del conocimiento, languidece en muchos casos, maltratada por la falta de vocación, de dedicación, de actualización o de recursos pedagógicos, recuperar la figura del maestro que sabe comunicar lo que conoce y que sabe enseñar a utilizar esos conocimientos para hacer avanzar el saber es un objetivo urgente e irrenunciable. Afortunadamente, ejemplos como el del profesor Mayor Zaragoza nos marcan y hacen proseguir con firmeza un camino en el que a menudo acechan la rutina, la comodidad o el desaliento.

Pero junto al investigador y al docente recibimos hoy asimismo a quien, desde el foro político y desde las responsabilidades de gobierno, ha luchado por mejorar las estructuras científicas y educativas de nuestro país y también, más allá de nuestras fronteras, por elevar el nivel cultural de las naciones, por que en ellas se haga efectivo el derecho que todo hombre tiene a la Educación y por intentar lograr que, día a día, el lenguaje de la colaboración y de la solidaridad sirva de base al entendimiento y el avance de los pueblos. España, hoy, a través del profesor Mayor Zaragoza y de la UNESCO, como también lo está haciendo en otros ámbitos, se incorpora, en la medida de su responsabilidad, dentro del concierto internacional, a la labor de la paz y del progreso.

Solidaridad, entendimiento, paz y progreso son palabras casi hechas a la medida de esta ciudad, donde se desarrolló el más fecundo período de convivencia entre las tres principales religiones y donde se alcanzó uno de los cénits de la civilización universal. Directa heredera de ese espíritu y de ese legado cultural es la actual Universidad cordobesa de la que a partir de hoy, el profesor Mayor Zaragoza, pasa a formar parte. Una Universidad joven que se proyecta decididamente hacia el futuro, pero que quiere también asumir las responsabilidades que siglos de Arte, Ciencia y Cultura han acumulado sobre su nombre. Hoy nos encontramos empeñados en un proceso de reestructuración y modernización que intenta hacer de su área científica, técnica y agroalimentaria la primera del país y una de las más importantes de Europa, respondiendo así a una vocación consustancial a la Universidad cordobesa desde su nacimiento, pero que sin duda hunde sus raíces en sabidurías seculares.

En las nuevas instalaciones de Rabanales queremos incorporar la estructura organizativa necesaria para ello, dotada de la agilidad y eficacia que requiere el nuevo

siglo que se aproxima, con un alto nivel de calidad en la docencia y en los servicios, una infraestructura investigadora de vanguardia y los mecanismos de I + D necesarios para fortalecer los lazos con nuestro entorno social y empresarial y contribuir decididamente, a solucionar los problemas, mejorar la calidad de vida y promover el desarrollo de la sociedad que nos hace posible y a la que nos debemos.

Todo este bagaje científico que, entre otras cosas, ha hecho posible que nuestra Universidad haya sido una de las tres españolas capaces de incorporar de inmediato la nueva licenciatura de Bioquímica, no es sino uno de los pilares de nuestra institución, que de nada serviría si no contase en el terreno de las Humanidades y de las Ciencias de la Salud con otro ámbito de pujanza y acrisolado prestigio que cualquier responsable de la Universidad cordobesa debe saber en todo tiempo y circunstancia consolidar y acrecentar.

Creo que todas estas consideraciones dejan entrever claramente que entre la trayectoria del profesor Mayor Zaragoza y el espíritu que anima a nuestra ciudad y a su Universidad existen concomitancias y paralelismos evidentes entre los cuales no es el último que esta Mezquita-catedral haya pasado a formar parte del patrimonio universal de la Humanidad bajo su mandato al frente de la UNESCO. Considero que el cabildo catedralicio, al que quiero expresar el reconocimiento de la Universidad por su colaboración para que hoy podamos celebrar aquí este acto, entendió junto con nosotros, al ceder esta capilla de Villaviciosa, que, a tal doctor no cabía sino tal honor.

Y es que ser doctor honoris causa de una Universidad como la cordobesa es, sin duda, un honor pero también una gran responsabilidad. Estoy seguro que a uno y a otra sabrá responder el profesor Mayor Zaragoza a quien damos nuestro parabién, el cordial y sincero abrazo de bienvenida y con quien esperamos poder seguir avanzando juntos por los caminos de la ciencia, del progreso y del entendimiento entre los pueblos.